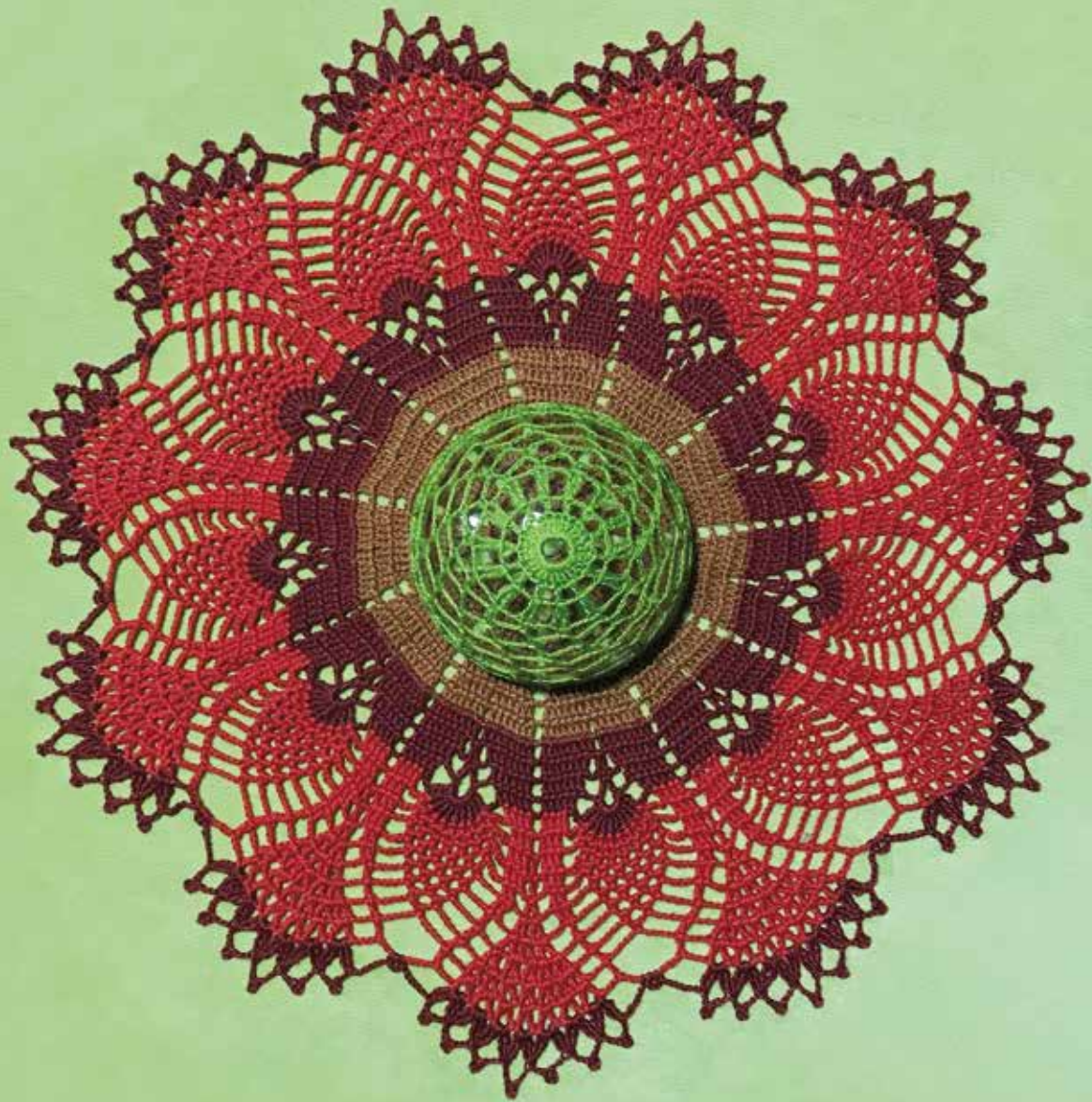


Mujerarte



Delegación de Igualdad y Diversidad. Lucena
PREMIOS 2022

Mujerarte

(Poemas y Relatos)

Premios XXX Edición, 2022

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Lucena.

Organiza: Delegación de Igualdad y Diversidad. Consejo Local de la Mujer

Colabora: Instituto Andaluz de la Mujer

Coordinadora: M^a Dolores Llamas García

Portada y contraportada: Pepa Cano García

Depósito Legal: CO-996-2023

Difusión gratuita

Diseño, maquetación e impresión:

Imprenta Caballero, s.l. / C/ Cabrillana, 11 Bajo / Lucena

Tlf. 957 59 14 86 / email: imprenta@imprentacaballero.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
Carmen Gallardo López	
INTRODUCCIÓN:	11
Anais Vega	
POESÍA	19
<i>La casa sin invierno</i> · Primer premio de poesía	23
Cristina Ruiz Guerrero	
<i>Penélope</i> · Segundo premio de poesía	33
Emilia García Castillo	
<i>Sería tu nombre</i> · Accésit de poesía	41
Nélida Leal Rodríguez	
RELATO	47
<i>Autopsia de un armario</i> · Primer premio de relato corto	51
Anastasia Fernández Fernández	
<i>La mujer Duralex</i> · Segundo premio de relato corto	65
Paloma Ruiz del Portal Muñoz	

Presentación



Mujerarte es una recopilación de obras literarias de mujeres que nos hacen viajar a través del tiempo y del espacio para explorar y visibilizar la lucha feminista a través de la narrativa y la poesía. Una edición que de nuevo nos invita a conocer a las mujeres que alzan su voz en contra del patriarcado, plasmando en sus obras la creatividad y el empoderamiento de la mujer en la literatura, por medio de unas obras literarias que hablan de la opresión, la resistencia, el amor y la libertad.

En esta publicación, podemos encontrar escritos de mujeres de todos los ámbitos, pero sobre todo mujeres emprendedoras capaces de compaginar una vida de trabajo y familia con la pasión por la escritura, luchadoras día a día por la igualdad de género. Desde la poesía al relato corto, pasando por la ficción, esta recopilación literaria nos acerca obras de diferentes géneros literarios que sin duda serán fundamentales en la construcción de la voz de las mujeres en la sociedad.

Cada una de las obras seleccionadas y premiadas en Mujerarte tiene una carga emocional y una fuerza que traspasa el tiempo y el espacio, transmitiéndonos el legado de las mujeres que han abanderado esta lucha. Abandonando la visión simplista y limitante, Mujerarte desmonta estereotipos de género y nos guía hacia una visión más profunda y completa de la condición femenina, para conocer las diferentes voces que surgen en su lucha, y quieran comprender la complejidad y la trascendencia de la lucha por la igualdad de género.

“Mujerarte” nos regala una voz propia, una voz que habla de nuestros sufrimientos, de nuestras alegrías, de nuestros miedos y triunfos.

A través de sus obras, estas mujeres han creado espacio de encuentro para todas aquellas que fueron silenciadas y oprimidas por una sociedad que no las valoraba. Así, *"Mujerarte"*, nos invita a transitar por los caminos de la resistencia, una mirada crítica hacia la sociedad y una clara apuesta por la igualdad de género. Una publicación que no nos dejará indiferentes y nos emocionará hasta los cimientos.

Carmen Gallardo López
Concejala-Delegada de Igualdad y Diversidad
Excmo. Ayuntamiento de Lucena

JURADO
XXX EDICIÓN "MUJERARTE", 2022

CONCEJALA DELEGADA DE IGUALDAD Y DIVERSIDAD
Carmen Gallardo López

Juana Toledano Molina
Antonio Cruz Casado
M^a Carmen Florido Agüera
Manuel Guerrero Cabrera
M^a Teresa López Arjona
Juan Fernando Valenzuela Magaña

SECRETARIA
M^a Dolores Llamas García

Portada: Pepa Cano García

Homenaje a **Isabelita de Jerez**

Dña. Isabel Ramos Moreno (Cádiz 1895 - Zamora 1935)

Técnica mixta, 60 Ø, 2021.

Contraportada: Pepa Cano García

Homenaje a **La Perla de Triana**

Dña. Antonia Morales Jiménez (Sevilla 1897-1972)

Técnica mixta, 60 Ø, 2021.

Pepa Cano García, Docente BBAA. Universidad de Málaga y artista multidisciplinar.

Obra perteneciente a la serie **LOLA, LOLITAS, LOLAS**, una línea de investigación que tiene como objetivo proteger un legado cultural a punto de desaparecer, como es el ganchillo y dar visibilidad a cantaoras del siglo XIX, que siguen inspirando a las mujeres del cante grande actual.

Esta obra de arte que presentamos en la portada, fue realizada gracias a la colaboración desinteresada de las mujeres de la asociación de la tercera edad, el Puntal, de las Navas del Selpillar. Con ellas se ha creado una apuesta de participación de la comunidad, utilizando las artes y la cultura como medio de expresión, que han inducido a dinámicas de transformación social, puesto que ninguna de ellas había contribuido anteriormente, en la creación de una obra de arte.

El ganchillo es una artesanía que se transmite de madres a hijas, entrelaza disciplinas y articula diversos conocimientos, conectándonos entre nosotras. Todas han realizado con mimo y esmero los círculos de ganchillo de distintas dimensiones, uno de 30 cm para la areola y otro más pequeño, para el pezón, con la finalidad de coserlos en un tejido brocado de tapicería, sobre un bastidor redondo para formar una TETA, una única teta. Tejer es entregarse a otros, es regalar el tiempo de creación, pero también es un medio de subsistencia, resiliencia, resistencia y de empoderamiento.

MUJERES INVISIBLES: ANTONIA BURGOS BÉJAR.

Anais Vega

A mi abuela.

El día 11 de noviembre de 2022 tuve el honor de inaugurar el acto anual de la entrega de los Premios Literarios “Mujerarte”. Algo que, para mí, que un año antes era una inédita desconocida en el mundo literario, suponía no solo un honor más allá de lo esperado, sino también un reto, un grandísimo desafío y, por qué no decirlo, un gran quebradero de cabeza.

He seguido los premios Mujerarte desde hace ya varias ediciones, pues tanto mi madre, la escritora y poeta Ana Vega Burgos, como otras queridas amigas escritoras han recibido el prestigioso galardón. Y he leído a las magníficas mujeres que han introducido tanto los actos como los libros: entre otras Elena Román, gran poeta cordobesa; la gran Raquel Lanseros; la extraordinaria María Rosal, investigadora, profesora, poeta, escritora y maravillosa persona; y M^a Ángeles Hermosilla, catedrática de la UCO, una mujer única de la cual tengo la suerte de recibir clases.

Viendo estos antecedentes no creo que fuera extraño sentirme intimidada. No obstante, había aceptado, y quería poder introducir ese acto como se merecía y, si no era posible derrochar conocimiento y sabiduría, al menos quería hacerlo bien y que las asistentes pasaran un rato agradable.

Vinieron muchos temas a mi mente: la necesidad de premios como los Mujerarte para poner en valor la literatura escrita por mujeres, que no femenina – término que lamentablemente sigue utilizándose ligado al género romántico –; la disparidad en gran parte de jurados de premios literarios, que he podido presenciar en reuniones de jurado en las que yo era la única mujer; los tres hombres escondidos tras el seudónimo Carmen Mola; y un largo etc.

Hay mucho que hablar sobre igualdad, siempre, lo niegue quien quiera negarlo y lo minusvalore quien tema que estos asuntos salgan a la palestra. No obstante, eso puede tratarlo, y seguramente mejor que yo, cualquiera de las estupidas investigadoras feministas que han pasado y pasarán por aquí. Yo, que no he aprendido a investigar, y que lo que he podido aprender me ha servido para ser aún más consciente de lo poco que sé, tenía que hablar de algo de lo que solo yo pudiese hablar.

Fue entonces cuando recordé a mi abuela.

Como siempre se menciona al presentarme, provengo de familia de poetas. Mi abuelo, Cristóbal Vega Álvarez, fue el poeta de la Paz, luchador incansable por la libertad durante la dictadura franquista, el preso político que recibió mayor condena sin delito de sangre, protagonista de campañas de Amnistía Internacional y fuente de inspiración para otros como él... Además de un reconocido poeta no solo en España sino en toda Hispanoamérica.

Tras él, llegó mi madre, Ana Vega Burgos, que fue en su momento la escritora más joven con obra publicada en España; cuando quiso reencontrarse con la escritura, recibió un premio a la primera novela que escribió después de veinte años; probó con la narrativa corta y la conquistó: sus numerosos premios y dos libros recopilatorios de relatos dan fe de ello. Por último, retomó la poesía, abandonada desde la adolescencia y poco tiempo después resultó la primera mujer en ganar el Premio Internacional de Poesía "José Zorrilla" con su libro *Barras de Luna*, además de otros tres premios en sendos poemarios, siendo el último el Premio de poesía Juana Castro, con el que publicó el poemario social *Olvido de la luz*, en el que ho-

menajea la figura de su madre durante la Guerra Civil, que esta vivió siendo aún una niña.

No es la primera vez que se homenajea a mi abuela, Antonia Burgos Béjar. Mi abuelo le dedicó cientos de poemas y, cuando ella nos dejó prematuramente, volcó su dolor en el libro *Mujeres Irrepetibles: Antonia Burgos Béjar*. Al fin y al cabo, fue su amor y su musa.

Pero no solo era madre, musa y víctima de la guerra.

Antonia Burgos Béjar era escritora y poeta. Tenía una imaginación desbordante, ideales que defendía con sus letras, un fino sentido del humor... Quizás si hubiera nacido cuarenta años más tarde, hoy leeríamos, estudiaríamos y comentaríamos su prosa. Tal vez incluso naciendo cuando nació, si no hubiera estado recluida en un pequeño enclave rural, atada tanto por su sexo como por las costumbres y la maledicencia, hoy sería su nombre algo más que una entrada de blog.

Porque sí, su nombre aparece en la web. Incluso naciendo cuando y donde nació, armó el suficiente revuelo para que un periodista se desplazase hasta Villafranca de Córdoba a entrevistarla para el ABC de Sevilla, bajo el titular "Una campesina de Córdoba ha escrito dos novelas y tiene planeadas doce más". En este pequeño artículo, en el que destacaban que no tenía ortografía ni diccionario y que "escribía tras las rudas faenas del campo", exhibían como un gracioso fenómeno que una mujer rural de veinticuatro años tuviese ambiciones literarias en lugar de estar bordando su ajuar. Terminaba: "lo que más le agrada es que sus amistades crean que lo que escribe es copiado, porque estima que, si creen eso, es que consideran buenos sus escritos".

Ella no quería casarse porque sabía que (acorde con la educación que había recibido) un marido y una familia ocupaban todo el tiempo de una mujer como Dios mandaba, y ella quería poder leer y escribir. Fue este el motivo de que rechazase a todos los pretendientes que surgieron y se ganase la fama de imposible y excéntrica, amén de asumir que sería una mujer soltera, con todo lo que ello conllevaba en la España rural de los 50.

Pudo haber estudiado. A raíz del artículo, hubo gente de posibles que se ofreció a acogerla y pagar sus estudios en Madrid y en las Islas Canarias. Sin embargo, de nuevo el gran sentido del deber y del sacrificio inherente a la mujer de entonces – y aún de los tiempos que corren, aunque es una de las lacras que poco a poco vamos combatiendo – hicieron que se quedara junto a su madre, pues esta le preguntaba “Pero ¿de verdad te vas a ir?”.

De modo que tenemos a Antoñita, a sus veinticuatro años, encerrada en un pequeño pueblo de provincias, con un futuro demasiado predecible, con dificultades que superar y en el punto de mira del chismorreo por la peligrosa costumbre de ir por las sendas menos usuales de la vida.

A doscientos setenta kilómetros, en el Penal de El Puerto de Santa María, el preso político Cristóbal Vega Álvarez desenvolvía unos zapatos nuevos que su madre le había enviado envueltos en papel de periódico. El destino, la suerte o la casualidad quisieron que una de esas hojas fuera justo en la que aparecía el artículo sobre la campesina escritora.

Él consiguió su dirección y le escribió para felicitarla y ofrecerle – de forma desinteresada – enseñarle ortografía y gramática por correspondencia, a lo que ella aceptó, no sin recelo – los hombres siempre quieren algo a cambio, se encargarían de recordarle sus vecinas -.

De este modo empezó una hermosa relación profesor-alumna, que derivó en amistad y, poco a poco, en amor. Ahora sería impensable: salvamos las distancias en pocas horas y, si eso nos parece mucho, encendemos la cámara del móvil y nos vemos de inmediato. Ellos, en cambio, mantuvieron durante diez años una relación epistolar. Porque, ¿cómo iba ella a ir - ¡sola! – a una prisión a visitar a un señor que no solo era un desconocido y estaba cumpliendo condena, sino que, para más inri, le llevaba quince años? Como le decían sus amistades, podía estar casado con otra, estar jugando con ella o incluso ser cojo, pues siempre le mandaba fotos tomadas con él sentado tras un escritorio. ¡Hasta a eso llegaban las especulaciones!

Finalmente, él consiguió la libertad. Ella, a sus treinta y cinco años, ya había aprendido ortografía y gramática, además de conseguir un oficio que

no eran las “rudas tareas del campo”, pues, siguiendo el consejo de Vega, había tomado un curso por correspondencia que la capacitó como fotógrafa. Añadiremos un nuevo agravio de su parte hacia la mujer que no había querido ser: además de soltera más allá de los treinta, escritora y extrañas relaciones a distancia, tenía un trabajo más allá del modesto “ayudar con las labores”, que le permitía ser independiente económicamente. Le llovían las ofertas para fotografiar bodas por su pericia en conseguir buenas fotos sin flas dentro de la iglesia. Hacía su agosto en la Romería de San Isidro, en la que fotografiaba a las gentes del pueblo ataviadas con trajes de flamenco y de gitana y las carrozas que iban a la era. Todavía hoy sigue habiendo, gracias a ella, documentación fotográfica de la gran inundación que asoló a Villafranca en la riada del 63. Y señoras mayores me detienen por las calles del pueblo para contarme que mi abuela les hizo sus fotos de Primera Comunión, las cuales aún conservan.

Cuando Vega llegó a Villafranca a conocer - ¡por fin! - a su enamorada por correspondencia, esta pudo comprobar que no estaba cojo y que tampoco tenía esposas escondidas ni intenciones ocultas: él venía con la intención de casarse con ella, y ella decidió renunciar a su soltería pretendida y abrazar ese matrimonio.

Los dos eran escritores, intelectuales, idealistas y bohemios. Podían haber tenido un matrimonio atípico pero feliz, viviendo por y para las letras.

Pero no fue atípico. Ella era una mujer nacida en el 29, y asumió el rol de esposa con todas sus consecuencias. Él, aunque era transgresor en muchas cosas, tenía tan interiorizado como ella que, en el matrimonio, la mujer tenía que ser esposa, madre y ama de casa.

De modo que así fue: se casaron, tuvieron a su hija poco más de un año después y se mudaron a Niebla (Huelva), donde él aceptó un empleo en Cementos del Sur (ahora Cosmos) y ella se dedicó a criar a su hija, cuidar de su marido y llevar su casa, como debía ser. Esta vez el deber no la retuvo: estudiar siempre sería un capricho, ser madre y esposa era una obligación insoslayable.

Había una chispa de rebeldía, no obstante. Antoñita hacía todo lo que la sociedad esperaba de ella, pero a las cinco de la mañana, cuando todos dormían, ella se levantaba para terminar todas sus obligaciones y que le quedara tiempo para leer y escribir. Ni la más sagrada obligación podía haber apagado ese fuego, un fuego con el que había nacido y que había alimentado con amor y sacrificio durante toda su vida.

No quiero decir con esto que mi abuelo le impidiese, de ningún modo, escribir. Al contrario. Él siempre la animó a hacerlo. Pero lo que él no vio – y así fue como ella, aunque inmensamente feliz en su matrimonio, cayó en la trampa – es que no bastaba con animarla. Él trabajaba durante muchas horas, pero el resto de las horas del día las tenía para escribir, cartearse, leer y progresar; el trabajo de ella no acababa nunca. No fue él, sino el rol en el que ambos y el resto de la sociedad suponía indefectiblemente a una mujer casada, lo que truncó quizás una carrera como prometedora novelista social. O quizás nada. No obstante, se le negó la oportunidad de saberlo.

Aun así, Antonia Burgos Béjar publicó libros: *Loto y yo*, novela sobre el divorcio contada desde la perspectiva de un niño; *Mi taxista particular*, *Como la misma tierra y Ébano y gasa*, novela contra el racismo, que La Caixa escogió en 1984 para reimprimir y regalar en Sant Jordi. Llegó incluso a editar una novela del Oeste, *Azote de forajidos*, bajo el seudónimo *Anthony Burgess*.

Podemos decir que, dentro de sus **limitaciones** - y recalco con rabia e impotencia la palabra -, con todo en su contra (su pueblo, su educación, su nivel económico y el sistema de creencias que la oprimía) se abrió paso con uñas y dientes para poder escribir su nombre junto a la profesión de escritora, aunque tuviera que añadir el consabido "*ama de casa*" al lado.

Pero la pregunta que no se me podrá ir nunca de la cabeza es: si, teniendo todos esos obstáculos en su camino, partiendo de donde partió, Antoñita consiguió escribir, aprender y publicar, ¿de qué habría sido capaz si hubiera tenido las facilidades que tengo yo, su nieta? ¿Sería este el primer texto donde leeríamos su nombre? ¿Le habrían dedicado una calle

en su pueblo natal en lugar de poner el nombre de su marido en la placa?
¿Habría un premio con su nombre o alguna tesis analizando su trayectoria?

No podemos saberlo.

Y, aun siendo mi abuela, hay otra pregunta que me consume todavía más: ¿cuántas mujeres capaces, creativas y brillantes han vivido encorsetadas en el incómodo e intransigente rol de esposas y cuidadoras?

¿Qué contaría la historia de la Literatura hoy, si durante siglos no hubiese habido miles de mujeres invisibles?

Poesía

Cristina

Ruiz Guerrero



Nací en Cádiz. Soy catedrática de Lengua y Literatura española, he impartido clases durante casi cuarenta años en institutos andaluces y en liceos con Secciones Internacionales de Francia. Actualmente estoy jubilada.

He realizado estudios sobre Feminismo y Literatura. Mi libro Panorama de escritoras españolas, editado por la Universidad de Cádiz, fue primer Premio Nacional de materiales didácticos “Emilia Pardo Bazán” del MEC (1992). El pensamiento audaz tiende su vuelo, obra sobre las periodistas pioneras en Cádiz, fue publicado por la Asociación de la Prensa de Cádiz (2011).

Premios literarios:

-Primer Premio de relatos del concurso “Pilar Paz Pasamar” (Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, 2009) por el cuento “El patio”.

-Finalista del VI Certamen “El umbral de la poesía” (Valladolid, 2019). Publicación en antología del poema “Tiendo mi soledad con pinzas de colores”

-Seleccionada en I Certamen Internacional Sexipoética (Almuñécar, 2021). Publicación en antología del poema “Que no vean mis ojos el continente”.

- Finalista II Premio “Rosa Butler” del Ateneo de Puerto Real (2021). Publicación en antología de los poemas “El corazón helado”, “Los aires difíciles” y “El vocabulario de los balcones”.
- Seleccionada en el XII Concurso de poesía “Versos en el aire” (Diversidad literaria, 2022). Publicación en antología del poema “Despertar”.
- Primer premio II Certamen de relatos “The Riverside” de la editorial Kaizen. Publicación del cuento “El bar del puerto” en antología. (Cádiz, 2022).
- Seleccionada en el concurso “Microatardeceres” (Diversidad Literaria, 2022). Publicación en antología del microrrelato “Road movie”.
- Primer premio del II Certamen Andaluz de Poesía “Alpujarra” (2022). Publicación del poemario “Cuando silbe el viento del este” en obra conjunta con las otras dos ganadoras.
- Primer premio del VII Concurso Literario de Cuento breve “Junto al mar” (Creatividad Literaria, 2022). Publicación en antología del microrrelato “Naúfrago”.
- Primer premio de poesía del Certamen “Mujerarte 2022” (Ayuntamiento de Lucena, 2022). Publicación en antología del poemario “La casa sin invierno”.
- Seleccionada en el IV Certamen de Poesía de Aliar Ediciones (Granada, 2023). Publicación en antología del poema “Russian Earl Grey”.
- Primer premio del XXXVI Certamen Literario de la Biblioteca Pública Municipal de Moriles por el relato “Campos de luz”. (2023)
- Primer premio del “XXX Premio Nacional de Poesía “Poeta Mario López” por el poemario “Velo de flor”. Publicación. (Bujalance 2023).

La casa sin invierno

Primer premio de poesía

-1-

“...si por tu sien el mar tan dulcemente te abandona
posando con la espuma tu nombre por mi vientre...”
Chantal Maillard

Esta casa, abierta al cielo enorme y al mar
como el sueño clandestino de un adolescente,
despierta cada mañana, entre brumas
de salitre y de anhelos.

Bandadas de gaviotas se adentran
por los ventanales, y, revoloteando
por los pasillos, se posan
sobre la blanca arena de la colcha antigua.

Las violetas despeinadas del deseo
florecen en las sábanas de hilo,
impecables como nubes de agosto.

Hasta el fondo de esta casa
que grita el júbilo de su verano
arriban tumultuosas mareas,

la inundan
de voluptuosas algas gigantes
que se atascan en mis pies
cuando limpio el polvo

en los muebles sin aristas,
y me enredan y me pierden
en los corales de tu pequeña
ausencia.

Y toda la casa -nuestra casa-
es una isla desasida
que navega de través
en el tiempo,
y tus manos y mis manos
son ceñidas velas
sin naufragio.

-2-

“Siento flores y manos crecer entre las piernas”
Isla Correyero

Son estos felicísimos días
de luminosos albores tardíos
y sábanas impolutas,
en donde amasamos,
lentamente,
el bruñido sueño
de nuestros cuerpos
encendidos
al socaire del tiempo
y el desamor.

-3-

De tu cuerpo, los muslos arenosos,
doradas dunas de espumas cálidas.

De tu cuerpo, el pecho alfombrado,
escondidas enredaderas del deseo.

De tu cuerpo, las manos florecientes,
tiernos pétalos de tacto sabio.

De tu cuerpo

dedos como hilos de sol

que buscan,

palpan,

iluminan,

encienden

con fiebre

de gozo

radiante

mi cuerpo.

Emilia
García Castillo



Nació en Vélez-Málaga, pueblo de la Axarquía malagueña, delimitado por el mar, las montañas, la vega y dotado con una luz peculiar que ya, desde pequeña, la invitaban a la poesía. Su trayectoria laboral siempre ha estado unida al mundo de la cultura, en concreto al de las bibliotecas y la animación a la lectura. Este trabajo la llevó a publicar en la Revista LIBER (Red de Bibliotecas Municipales de Málaga), así como a crear diversos cuadernillos para la infancia: (El Quijote en Málaga, Bibliodinas, La Huertecilla).

Actualmente es columnista en Noticias 24-Digital. En marzo de 2022 se presentó su poemario *Calles de la Memoria* editado por Libros de la Axarquía.

Ha sido galardonada en distintos certámenes: Primer Premio de relatos (Ayuntamiento de Benalmádena) Primer Premio de poesía Fermín Limorte (Albatera, 2020) Primer Premio de poesía "A campo abierto" (Vélez-Málaga, 2021) y el Segundo Premio de poesía Mujerarte (Ayuntamiento de Lucena 2022).

Luces brillan, vacilan en lo oscuro.
Miro al horizonte, línea y promesa
que se rompe en ondas, manos que invocan,
dedos blancos que acarician la luna
o la hieren carnales.
¡Qué más da!
Nunca la alcanzan entera.
Su reflejo los confunde y enreda.

Miro al horizonte. La curva helada,
sin una vela, sin barco a la vista.
Miro al horizonte con la esperanza
puesta en los vientos. Terraza de azules
en un atardecer ya sucesivo.

Miro al horizonte en las claridades
primerizas, cuando el aire de rosa
torna en amarillo. Cuando en el agua
aún descansa la noche adormecida.
Cuando los aparejos en la arena
tienen ronquidos de peces,
y los remos se sueñan en los troncos
robustos y antiguos de hayas y encinas,
paladeando colores de bosques,
todavía canto de ruseñor,
todavía espesura de pezuñas.

Miro al horizonte tras el cuadrado
de la ventana. Trinchera y baranda,
muro donde resguardo mis secretos.
Labores y ardides de bastidor
con los que alzo y someto al tiempo.

Miro al horizonte. No te engaño.
No te espero. Nuestro hijo ha crecido
sin saber de tus brazos. Las viñas
son generosas. Feraz el ganado.
Miro al horizonte y sonrío al mar inmenso
y agradezco me hiciera casada viuda.

No. No quiero.
No quiero hombres rondando mi casa.
No quiero bocas mojando mis sábanas.
No quiero lazos que arrasen mi cuerpo.
No quiero hierros que marquen mis días.

No quiero más dedos
que los del aire entre mis faldas.
No quiero más beso
que el del jazmín en mis labios.

Miro al horizonte y anoto los cambios
de mi piel, de mi cuerpo y de mi pelo.
Miro al horizonte, oigo su mensaje.
Me aplico con los telares del tiempo.

Nélida
Leal Rodríguez



Nacida en Nuremberg de padres emigrantes, vivo en Cádiz desde antes de los dos años, donde sigo residiendo. He sentido la pulsión literaria desde muy niña, como ávida lectora y aprendiz de narradora, pero en la adolescencia aparqué el aspecto creador para centrarme en los estudios (soy diplomada en Relaciones Laborales) y el trabajo. Fue poco después del nacimiento de mi primera hija, hace ahora catorce años, cuando he sentido la necesidad de volver a canalizar mis inquietudes literarias, precisamente para transmitirle a mi hija la lucha por los sueños propios. Desde entonces, he ido combinando mi vida laboral, personal y familiar, con la literaria, habiendo obtenido hasta la fecha más de ochenta reconocimientos literarios, tanto en poesía como en prosa, entre los que cabe destacar, en el primer caso, además de este accésit en la convocatoria de Mujerarte de 2022, donde también obtuve el primer premio en el año 2019, el certamen Amantes de Teruel, Conrado Blanco León, Maxi Benegas, Alhama de Granada, Biblioteca de Ermua, Casas Regionales de Alcobendas, Villa de Madrudejos, etc, y, en prosa, el Concurso de Narrativa corta Real Villa de Guardamar, los premios Villa de

Colindres, Hermanos Caba, Cuentos Valentín Andrés, Carolina Planells, Barbadillo, Carmen Martín Gaité, Ciudad de Palos (en 2014 y 2017), Ciudad de Elda, etc.

Sería tu nombre

Accésit de poesia

Si algo he de salvar
de todas estas horas malgastadas,
de este rondar inquieto y perturbado
que ha convertido mi mirada en pura escarcha
y traza sombras negras en mi aliento...
sería tu nombre.

Porque amo sus letras,
las mantuve calientes en las manos
mucho antes de atreverme a pronunciarlas,
a hacer mío el secreto inconfesable que te nombra
y delata tu presencia, la arrolladora corriente
de aire que movías al mirarme.

Si algo he de guardar
de las noches en blanco, esperando
quimeras y mentiras con las que disfrazarte,
con las que hacer más soportable el infierno
de tolerar tu ausencia, el frío que has dejado...
sería tu nombre.

Porque a puro fuego
he grabado el sonido exacto que te nombra,
el aire palpitante que trae el alivio,
que hace tangible este vacío y devuelve
la templanza a un alma lastimada, herida
de nostalgia, de lívida amargura.

Si algo ha de bastarme,
mientras la madrugada engulle soledades
y escupe la trágica verdad sobre mis sábanas,
mientras acierto a componer un gesto indiferente
en esta espera que sé inútil y sé eterna....
sería tu nombre.

Porque ya es tarde
para hilvanar una nueva telaraña de absurdos
donde ir a sepultar cada duda, cada dolor, cada miseria
de este enfermizo suplicar que vuelvas, que regreses
al lugar donde quedó probado, hace ya mucho,
que tú no perteneces.

Y por eso, por el susurro ronco de mi voz doliente,
en mi garganta acosada por el miedo a que un día infame
no brote de su lecho el ruido que te nombra,
por el lamento inacabado y destruido
en que he puesto el peso de toda mi existencia....

es que persisto en consumir insomnios
en la orilla de este mar negro y helado donde
mueren cada noche los relojes, donde
naufraga mi sueño malgastado, donde
sé que ha quedado sumergido entre las algas
lo único que importa, lo único que queda,
ese último atisbo de cordura, cuál sería.

Sería tu nombre.

Relato

Anastasia Fernández Fernández



Anastasia nació en Sevilla en 1995. Estudió Traducción e Interpretación de árabe e inglés en la UPO y el máster en Traducción Audiovisual en el ISTRAD. A día de hoy, es parte de una revista en la que trabaja como editora y vive con la mochila al hombro viajando por diferentes países. Su afición siempre ha sido leer, escribir y echarles salsa a todas las comidas. Le gusta Lucia Berlin, Virginia Woolf, el ketchup Heinz y el alioli Chovi.

Autopsia de un armario

Primer premio de relato corto

Sabía que era su frase favorita, así que siempre que volvía a casa de un viaje largo se la repetía: Hueles a mamá. Durante el final de su enfermedad, cuando la morfina casi la había despojado de su olor, yo se lo seguía diciendo una y otra vez. Hueles a mamá. Lo cierto es que ya no olía tanto a mamá, pero ella continuaba sonriendo cuando la escuchaba. Hueles a mamá. Te vas a poner bien. Acompañar una enfermedad a veces significa mentir. Pero mi olfato lo sabía. Por ello, las noches que pasó ingresada en paliativos justo antes de fallecer, yo llegaba a casa, abría su armario y sumergía en él mi nariz. Cerraba los ojos y sus manos, que ya no estaban hinchadas por los corticoides, acariciaban mi cara. Volvía a abrirlos, cerraba el armario y mi madre volvía a la sexta planta del hospital. Sus extremidades volvían a hincharse, su olor volvía a quedar atrapado dentro del armario.

El día que falleció, ya no supe salir de ahí dentro. Permanecía horas ahí metida. Como cuando vas al cine de Isla Mágica, el que tiene efectos sensoriales. Aparece un perro en pantalla, estornuda hacia la cámara y, a la vez, un chorrito de agua te salpica a la cara desde el asiento de enfrente. Y entonces lo sientes: el perro está ahí, justo en frente de ti. Yo me metía en el interior del armario, cerraba la puerta, inhalaba profundamente y mi madre aparecía a mi lado. Mamá, ¿qué haces aquí dentro?

Después de un año, mi hermana Reyes llamó desde fuera. Ya es hora de vaciar todo esto, me dijo. Me tendió la mano, me ayudó a salir y fue a por unas cuantas cajas de cartón. Descolgamos cada prenda de su percha y las sacamos del armario. Estaban todas muy viejas porque mi madre hacía siglos que no se quitaba el pijama y salía de la cama. De hecho, mi hermana afirmaba que cuando pasaba por la puerta del dormitorio de mi madre de camino a la cocina, aún la veía en su sitio: en el lado derecho de la cama con el edredón subido hasta la altura de la tripa.

—He leído que es parte del duelo —me decía —, sentir una pierna fantasma cuando te la amputan.

—Pero esto no es una pierna, Reyes.

—¿Tú sabes cuál es la diferencia entre una tullida y una huérfana? — Puse los ojos en blanco porque los chistes de mi hermana siempre comenzaban con aquella pregunta.

—No.

—Yo tampoco. —Me hizo gracia pero no me reí.

Empezamos a sacar la ropa, a guardar aquellos macabros suvenires con la culpa y el alivio del que entierra un cadáver. Las camisas de seda y algodón acariciaban nuestras manos al doblarlas. Un envoltorio vacío. Un papel de regalo tétrico. La piel de una serpiente que ha mudado el pellejo. Las colocábamos sobre la cama para ir metiéndolas en la caja poco a poco. Mi madre nos observaba acurrucada sobre el colchón, desapareciendo entre la amalgama de colores y texturas bajo la que la lapidábamos. ¿Adónde van las serpientes cuando mudan la piel?

En primer lugar, guardamos las camisas de traje. Aquellas siempre se las ponía para trabajar. Mi madre era asesora. Detestaba su trabajo pero amaba coleccionar zapatos y llevarnos al cine los sábados, darse mechadas *balayage* y comprarnos vestidos con gorritos a juego. Trabajaba mucho. Trabajaba para mi padre. En lugar de darle un despacho en su oficina, mi padre decidió alquilar el local de abajo de mi casa para que ella estuviera cerca de nosotras. Él seguía yendo a su oficina. Cuando mi hermana y yo nos peleábamos por algún juguete o por el mando de la tele, pegábamos un grito por el hueco de la escalera. ¡Mamá! Ella subía para mediar y nos explicaba con dulzura que no podíamos gritar así porque podría perder clientes. A veces nos lo explicaba llorando. Algunas tardes trabajaba en bata porque no esperaba visita, y posponía reuniones para ayudarnos con los deberes. Por las noches, después de cenar, llegaba mi padre, y mi madre nos mandaba a nuestra habitación. Gracias a aquella casa tan pequeña, a esas paredes tan finas, me sentía un poco más unida a mi padre. Escuchaba su voz grave reprocharle a mi madre temas de dinero y me dormía gracias a aquel runrún. A veces sí que entraba en la habitación para darnos las buenas noches y nosotras,

una vez más, le pedíamos que nos contara el truco de la chaqueta. Él nos lo narraba cada noche de la misma manera. El truco de la chaqueta ocurrió en la comunión del hijo de unos amigos de mis padres. Después de comernos el plato combinado de filete y huevos en la mesa de los niños, nos llevaron hasta un salón en el que había un mago. Tras un par de trucos de cartas, buscó entre el público a su objetivo. ¿Quieres hacer magia? Le preguntó a mi padre. Él dejó su *gin- tonic* sobre la mesa y subió al escenario. Aquel hombre de traje negro y sombrero de copa le ofreció a mi padre una cuerda y una venda, y le dio indicaciones para que lo atara y le tapara los ojos. Mi padre siguió exhaustivamente sus instrucciones. Una vez que estuvo ciego y atado y se hubo ganado nuestra confianza mostrándonos que apenas podía moverse, llamó a su ayudante. Una chica rubia con un vestido verde muy brillante apareció en escena, le ató las manos a mi padre y colocó frente a nosotros una cortina negra, separando así a aquellos dos hombres inmóviles de todos los niños que los observábamos desde el suelo. Al cabo de un par de minutos, cayó la cortina, y la chaqueta de cuadros que pertenecía a mi padre la llevaba puesta el mago. Todos los niños nos miraron a mi hermana y a mí con la boca muy abierta. Nosotras sonreímos y aplaudimos con orgullo. En casa, cada una en nuestra respectiva cama, le preguntamos a mi padre qué había ocurrido tras la cortina. Él nos contaba con todo detalle cómo aquel hombre se había hinchado de aire tanto como pudo al atarlo, y que cuando corrieron el telón negro se vació los pulmones, la cuerda cayó al suelo y se liberó. Se destapó los ojos, desató a mi padre, le quitó su chaqueta para ponérsela, y volvió a atarlo de nuevo. Finalmente, le ofreció la cuerda y la venda para convertirlo en su cómplice y mi padre, con sus manos atadas, hizo su faena como pudo. Saber el truco me hacía sentir, en parte, más adulta. ¿Y a qué niño no le gusta sentirse un adulto?

Por las noches, sabía que si dejaba de escuchar a mis padres discutir, significaba que mi madre se había ido al salón a ver la novela que grababa por las tardes. Abría la puerta de mi cuarto sigilosamente para no despertar a mi hermana, que siempre comenzaba a respirar acompasadamente minutos después de meternos en la cama; salía del dormitorio, y me dirigía a la cocina. Ahí estaba mi padre, con una copa de vino tinto. ¿No puedes dormir? Y

entonces me explicaba algo sobre lo peligrosas que eran las drogas o sobre por qué opinaba que pagábamos demasiados impuestos. Creo que después de aquellas conversaciones nunca me preguntaba si lo había entendido por miedo a decepcionarse con la respuesta. La verdad es que solía comprenderlo. Él había trabajado como profesor durante muchos años y decía que es importante explicar para el tonto de la clase. Aquello me ofendía un poco pero supongo que funcionaba. Explicaba las cosas con paquetes de tabaco y picos que habían sobrado de la cena. Los cigarrillos representaban a las personas y los picos la droga, o las cajetillas los sueldos y los picos los impuestos. Las noches que accedía a contarnos el truco de la chaqueta una vez más, cogía la que había usado en la comunión para hacerlo más creíble. Mi madre observaba la repetitiva escena desde la puerta con una sonrisa y se iba a dormir pronto. Dejaba la ropa preparada antes de acostarse: en un lado del cuarto, un traje y una corbata a juego para mi padre y en el otro lado, unos pantalones de pinza, los tacones y una de aquellas camisas.

Terminamos de doblar la última de ese montón. Cerramos la caja y escribimos en rotulador negro: CAMISAS DE TRAJE. Cogi a pulso la caja y la amontoné en el salón junto al resto de cosas. En él, los cuadros ya no tenían foto y las persianas estaban bajadas casi por completo. De la barandilla del balcón colgaba un cartel que rezaba 'se alquila'. Todos decían que era bueno que mi hermana y yo nos mudáramos para despejarnos. Y eso es lo que haces cuando pierdes a alguien, obedecer a los de tu alrededor porque no tienes ni idea de qué hacer. Reyes escribió su número en tipografía digital y enseñaba la casa cada vez que algún interesado la llamaba. Yo había estado presente en la última visita, pero aquel día en el que saqué las cajas al salón e intuí el rótulo por el cristal de la ventana, mi cerebro se hizo el sorprendido. No creía que volviéramos a estar dejando nuestro hogar. Cuando mis padres decidieron divorciarse yo aún no sabía leer de manera fluida, pero creía saber lo que era un divorcio. Según la información recabada en el colegio, el divorcio solo era cosa de padres modernos. Las niñas de aquellos padres divorciados siempre estaban entre las más populares de la clase. Y yo estaba deseando poder decirlo: mis padres están divorciados. Así que en cuanto me dieron la noticia, fui a contárselo a mi amiga Marta, para que

supiera que ahora era una de las suyas. Una niña de padres divorciados. Me dirigí a su pupitre, dejé mi estuche junto al suyo y le dije ¿sabes qué? Mis padres también se van a divorciar. Marta me miró con la cara desencajada, se acercó a mí y me dio un abrazo. Cuando terminó la última hora, mi madre me recogió en el patio. Al cruzar el último semáforo para llegar a casa, vi una cartulina negra y naranja colgada de la ventana de nuestra cocina. Entonces, mientras esperábamos a que el muñeco se convirtiera en un hombre verde en movimiento, empecé a descifrar aquel cartel. La ese con la e, se; la uve con la e y con la ene, ven; la de con la e... Empecé a llorar. Luego mi madre me llevó a comer un helado y se me pasó el berrinche.

Dejé la caja en el suelo del salón, me dirigí al congelador de la cocina y saqué una tarrina de helado de nueces de macadamia de las que siempre disponíamos para las catástrofes emocionales. Cogí una cuchara del cajón de los cubiertos y puse rumbo de nuevo al cuarto de mi madre. Mi hermana observó mi rostro lacrimoso escondido tras la tarrina.

—Chica, ¿pero y eso? ¿Ya te ha dado el bajón?— Me encogí de hombros.
—¿Sabes en qué se parecen una tullida y una huérfana?

—¿En serio?

—Venga, de verdad, que este es bueno.

—A ver, en qué.

—En que aunque las dos sean desordenadas, su madre ya no le dice que re-coja.

Rebañé el fondo de la tarrina y comenzamos a guardar de nuevo las prendas. Era el turno de las camisas escotadas. Aquellas siempre se las ponía cuando se divorció de mi padre. Por aquel entonces, la casa solía estar hecha un desastre porque ninguna de las tres nos preocupábamos por limpiar. Desaparecía algo y al tiempo aparecía bajo un cojín que había permanecido en el suelo durante semanas. Mi madre, en aquella época, se ponía vestidos con medias de rejilla y llegaba a casa muy tarde a hurtadillas. Muchas noches, Reyes y yo, cuando ya éramos adolescentes, nos comíamos junto a ella las sobras de la cena del día anterior al llegar todas a la vez a las seis de la mañana. Si mi hermana y yo nos íbamos juntas a la discoteca, mi madre se levantaba muy temprano, iba a la churrería de la esquina, compra-

ba churros con chocolate y los dejaba en el comedor para que comiéramos algo antes de acostarnos. Nosotras hacíamos lo mismo cuando las otras dos salían y una se quedaba en casa. A veces mi madre llegaba acompañada de Jorge, con los tacones en la mano para no hacer ruido. Jorge roncaba tanto que me despertaba desde la otra punta de la casa. Por las mañanas decía, ¿conocéis a mi amigo Jorge? Ya se va. A veces nos íbamos los cuatro a beber cerveza. Jorge nos hablaba sobre criptomonedas y sobre la importancia de creer en tus propios proyectos. A veces su exmujer lo llamaba al móvil. Pulsaba el rojo y soltaba un taco. A veces hacía videollamadas con su hija pequeña mientras estábamos en el bar. ¿Cómo dices, mi vida? Papá no te oye. Cuando pasaron unos meses, mi hermana perdió trescientos euros que había ahorrado trabajando en verano. Aseguraba que los tenía guardados en el cofre de su mesita de noche y habían desaparecido. Levantamos cojines, abrimos cajones, inspeccionamos los compartimentos de todos los bolsos de todas las habitaciones. Pero nada. Después de aquello, mi madre empezó a notar que le faltaba dinero de la cartera. Y luego Jorge le preguntó si podía mudarse con nosotras porque lo había perdido todo con inversiones. Ya nunca más vimos a Jorge. Mi madre no volvió a hablar de él, pero invirtió los mil euros que había ahorrado de la asesoría en criptomonedas, y en verano nos fuimos las tres a Méjico con lo que ganó.

Cerramos la segunda caja de ropa y escribimos en mayúsculas: CAMISAS ESCOTADAS. Reyes se encargó esta vez de llevar la caja a su sitio.

—¿Crees que los inquilinos nos dirán algo por las paredes? Están llenas de manchurroneos—me preguntó a voces desde el pasillo.

—Qué va, no creo—le contesté asomándome a donde ella estaba y pasando la mano por aquellas manchas.

—Bueno, si se quejan, podemos usar la carta de madre muerta.

La carta de madre muerta había sido un invento de Reyes y la habíamos estado utilizando durante aquel último año. Consiste en escudar cualquier error que cometas en que tu madre se ha muerto. Ninguna de las dos teníamos claro en realidad si su muerte tenía la culpa de todas nuestras últimas cagadas. Pero en aquel asunto sí que era legítimo utilizar la carta de madre muerta. Las paredes estaban llenas de manchas de color negro porque mi

madre se paseaba por aquel estrecho pasillo en silla de ruedas. Nosotras siempre le pedíamos que si necesitaba algo, fuese la hora que fuese, nos despertase con un grito. Ella decidía hacer caso omiso, se arrastraba por la cama y se subía como podía a la silla de ruedas que le habían prestado con tal de no despertarnos. Pero como solía ir medio dormida se chocaba con las paredes. Al día siguiente la delataban las nuevas manchas de la pared.

Mi hermana comenzó a descolgar y amontonar entonces las camisas de cuello alto. Había casi cien. Mi madre se compró todas ellas cuando le vaciaron los pechos. Solía ir con camisas muy coloridas y pañuelos estampados a oncología. El resto de enfermos se giraba para mirarla y dudar de la gravedad de su cáncer. Solo hubo un día en el que mi madre se quejó. Le habían hecho una biopsia en la boca para descartar un nuevo cáncer. Tenía una infección tan grande que podía verse el pus casi sin que sonriera y le tuvieron que raspar todo el paladar con una pequeña cuchilla. Apenas se inmutó mientras sangraba, tumbada en la camilla. Pero al llegar a casa, cuando se le pasó el efecto de la anestesia, rompió en un llanto de dolor. Bramaba y mugía haciendo aspavientos con las manos y encogiendo los dedos de los pies, como si la congoja la hubiese poseído. Cuando al fin se calmó y se fue al baño a darse una ducha, mi hermana y yo nos miramos con la cara muy roja y los labios muy apretados: nos había entrado un ataque de risa. Seguramente porque jamás habíamos escuchado el llanto de mi madre hasta aquel día. Nos pellizcábamos mutuamente con fuerza para obligarnos a parar de reír antes de que volviera. Siempre hemos tenido en mi familia un modo muy extraño de afrontar las adversidades. Como cuando tenía ocho años y murió el perro de mi abuela. Decidí dedicarle unas palabras en la boda de mi tía. Todos se rieron y yo no lo entendí. Supongo que lo entendí ese día.

Terminamos con las de cuello alto, que ocuparon un par de cajas. Las organizamos por colores y les colocamos sus respectivos rótulos al cerrarlas: CAMISAS DE CUELLO ALTO. Las llevamos al salón y las apilamos junto al resto. Miramos el marco vacío que estaba encima de la televisión, donde solía estar una caricatura de las tres que nos había hecho un artista callejero en un paseo marítimo. ¿Te lo has quedado tú? Le pregunté a mi hermana. Me

dijo que no, que se lo había dado a la tía Carlota. Le está haciendo un altar a mamá, tiene un crucifijo de colores, un ramo de flores y la caricatura. Carlota era tía de mi madre. Tenía setenta y dos años y no sabía que mi madre no creía en Dios. Pero supongo que pensaba que sí porque la veía rezarle a la caricatura. Mi madre se sentaba en el salón y, levantando la vista hacia aquel cuadro, deseaba en silencio que volviéramos a esa playa alguna vez. Quería que el artista callejero la retratase con el pelo corto. Y volver a sentir que nuestro salón le pertenecía. La tía Carlota siempre nos acompañaba a mi hermana y a mí al médico junto a las cuatro hermanas de mi madre. He estado toda mi vida rodeada de mujeres, especialmente durante los años de hospital. Cuando llegabas a la puerta principal, podías identificar perfectamente a quién ibas a ver más tarde en la zona de oncología. No por la ausencia de pelo en sus cabezas, no era eso. Consistía en un sexto sentido que se te desarrollaba ahí dentro, como cuando vas a un país extranjero y reconoces a los españoles sin siquiera oírlos hablar. En una ocasión llevamos a mi madre a urgencias. No recuerdo el motivo. Quizá por la mama. Por los dolores de cabeza, de estómago, de riñones. Quizá por el pulmón. Creo que fue durante un posoperatorio. Sí, puede ser. En aquella ocasión nos encontrábamos todas allí: nosotras ocho y una amiga de mi madre que solía querer estar y con la que compartíamos largos silencios incómodos. Todas con cara de preocupación en la sala de espera, aguardando noticias sobre el estado de mi madre. Un médico salió preguntando por los familiares de la paciente. Nuestros cuerpecitos temblorosos saltaron a la vez de la silla para reunirnos con él. Él miró por encima de las nueve cabezas buscando a alguien más. ¿Cómo está mi madre? Mira, chiquita, yo no os puedo decir nada hasta que llegue el marido.

Mi hermana y yo seguimos con la faena. Ya no quedaba nada colgado en la balda del armario. Empezamos a abrir compartimentos y cajones. En el más grande, al fondo, la encontramos. Su peluca despeinada. Estaba dentro de una enorme caja, puesta sobre un busto hecho de poliespán. Mi hermana me preguntó ¿Puedo? Me acerqué, le recogí el pelo tal y como hacía con mi madre y le coloqué encima la peluca. Desde que mi madre ya no podía salir de la cama, habíamos estado jugando con aquella peluca. Quien no

limpie los platos el día que le toque tiene que ir a comprar el pan con ella puesta. A mi hermana no le importaba. Yo siempre volvía roja como un tomate. Pero si la del súper fijo que ni se da cuenta, me decía ella. Mi madre se reía y nos aseguraba que lo único que le alegraba de no poder salir de esa cama era no tener que ponerse aquel matojo gigante sobre la cabeza. Uno de los días en los que le tocó llevarla puesta fue cuando fuimos las dos juntas al concierto de Sabina. Era finales de julio y ella estaba completamente calva tras terminar su primer tratamiento. Era casi de noche, pero no corría ni un leve sople de aire. Joaquín Sabina resplandecía a través de la película de sudor que se había formado en su rostro por el calor y los focos. Mi madre lucía igual bajo su peluca. Estaba sonando *Por el bulevar de los sueños rotos* cuando de repente me miró, examinó a las personas alrededor durante unos segundos y luego me sonrió. Yo le devolví el gesto mientras cantaba a toda voz y ella se echó la mano a la cabeza, quitándose la peluca para meterla en el bolso.

«Por el bulevar de los sueños rotos
moja una lágrima antiguas fotos
y una canción se burla del miedo»

Mi hermana comenzó a rascarse la cabeza. Le quité con cuidado la peluca y la guardé en su sitio. Luego la colocamos en una caja junto a lo que decidimos rotular como COSAS DE CÁNCER: los sujetadores aptos para las prótesis mamarias, sus pañuelos, la extensa colección de sábanas de hospital, medicinas varias y la peluca. Solo nos quedaba organizar el último cajón, en el que mi madre guardaba los pijamas.

Desde que enfermó, sus hermanas venían a visitarla y le regalaban pijamas de rayas y batas de estar por casa. Me gustaba tumbarme sobre su pecho plano y notar la suavidad de la tela de aquellos pijamas de invierno. Una vez, estando allí tumbada, me preguntó: ¿Lo entiendes? ¿Entiendes que haya decidido no darme más quimio? Le respondí que no y ya no volví a echarme ahí hasta que ingresó en el hospital dos semanas más tarde. En la planta de paliativos hay privilegios. Puedes llevarte tu propio pijama y los enfermeros son amables y te hablan con ternura. Los cuidados paliativos son aquellos que te dan cuando ya no pueden curarte, solo hacer que la

muerte duela menos. Allí me lo volvió a preguntar. Me tumbé de nuevo sobre su torso llano y empapé de lágrimas la franela de su pijama preferido.

Doblamos uno a uno aquellos pijamas y rotulamos la última caja debidamente: PIJAMAS Y CAMISIONES. Fuimos juntas al salón y observamos el rincón con todas las cosas que teníamos que sacar de allí. Nos miramos mutuamente. Bajamos hasta el coche las cajas e hicimos con ellas un puzle en el maletero hasta que todas cupieron. Volvimos a comprobar el salón. Cuando ya no quedaba nada allí dentro, abrimos un par de cervezas que guardábamos en la nevera para la ocasión y nos sentamos cada una en nuestro rincón del sofá. Brindamos sin decir nada. Retumbaba en aquel salón vacío el sonido del cristal contra la mesa cada vez que posábamos en ella nuestros botellines. Saqué de mi bolsillo un palo santo, lo prendí y nos terminamos las cervezas en silencio mientras se consumía. Recorrimos la casa para comprobar que no nos habíamos dejado nada en ninguna de las habitaciones. Al llegar al cuarto de mi madre, hundimos por última vez nuestras narices en el armario. Me adentré en él con el palo santo para esparcir el humo, ahogando los vestigios de olor que se habían quedado allí dentro. Cogimos una bocanada de aire con fuerza y la espiramos con resignación. Saber el truco me hacía sentir, en parte, más adulta. ¿Y a qué niño no le gusta sentirse un adulto? En realidad, a ninguno.

—Está vacía —me dijo mi hermana.

—¿El qué?

—La cama está vacía.

Sus ojos empezaron a empañarse. La abracé y lloramos sobre el edredón hasta que el palo santo se consumió por completo. Salimos del cuarto y cerramos por último las ventanas del salón, apagamos la luz y echamos la llave.

Paloma

Ruiz del Portal Muñoz



Nacida en Málaga, donde siempre he residido. Abogada en ejercicio hasta el año 2.019. Actualmente gestiono varios apartamentos turísticos.

He asistido a distintos cursos de escritura creativa, novela y relato corto en "Talleres Paréntesis" (Málaga) Empecé a participar en certámenes literarios en el año 2.020, y desde entonces he tenido los siguientes reconocimientos:

-**Finalista** I Certamen Literario de la "Federación LGTBI", con el relato "Eshu"

-**Tercer Premio** del XXXVI Certamen Literario "Mi Semana Santa" de la Cofradía del Santo Entierro de Linares con el relato "mensaje en una botella"

-**Finalista** en el XX Certamen "Dime que me quieres" del Ayuntamiento de Málaga (modalidad local) con el relato "Cuatro Cartas" Publicación en Antología.

Primer Premio V Certamen de poesía y relato corto de la "Red de Bibliobuses de Guadalajara" con el relato "Los hombres formol" Publicación en Antología.

Tercer Premio VI Concurso de micro relatos "Contra la violencia de género" de la "Fundación Mujeres" con el relato "Empoderada".

Finalista II Certamen Literario La Equili-

brista de Narrativa y Poesía con el relato "Honrarás a tu padre y a tu madre".

Finalista Publicación en Antología XVIII Concurso literario de relato breve "Parkinson Astorga" con el relato "La mala madre" Publicación en Antología.

Primer Premio XXXIX Certamen de Literatura "Castillo de San Fernando", Ayuntamiento de Bolaños de Calatrava, con la obra "El arcón de madera".

Finalista en el XXI Certamen "Dime que me quieres" del Ayuntamiento de Málaga (modalidad local) con el relato "Carta a Athenea" Publicación en Antología.

Segundo Premio XVIII Certamen Literario "Villa de Medellín" con el relato "Las gafas",

Finalista II Certamen Relato breve "Ateneo de Huelva" con el relato "Cena de empresa",

Segundo Premio XXII Certamen Literario "Villa de Mendavia" con el relato "Mademoiselle Pamele".

Finalista VII Certamen Sierra de Francia de Relato, Poesía y fotografía, con la obra "Esa gente".

Finalista en el XV Certamen de Relato Corto "Fundación Pedraza" con el relato "La entrevista".

Primer Premio XXVI Certamen Literario Ciudad de Arahal", con el relato "Rebeliones Austeras".

Primer Premio III Certamen Relato Breve "Casa Castilla la Mancha en Parla", con la obra "EL Plan".

Primer Premio XXIII Concurso de Narraciones "Cuando yo era joven", del Ayuntamiento de Leioa, con la obra "El Balandro".

Primer Premio XVI Premio literario Funda-

ción “Fernández Lema”, con el relato “Ronda”.

Segundo Premio III Certamen de Relato Corto “Ruta del Vino de Rueda Pueblos y Sabores”, con el relato “El Fantasma de la Villa de Rueda”.

Primer Premio en el XXII Certamen “Dime que me quieres” del Ayuntamiento de Málaga (modalidad local) con el relato “El regalo perfecto”.

Primera Finalista en el Concurso Literario Ciudad de Arnedo con el relato “Demasiado sensible”.

Segundo Premio XXX Certamen literario “Mujerarte” con el relato “La Mujer Duralex”. Publicación en Antología.

Primer premio IV Concurso Literario de Relatos Cortos sobre la estiba portuaria con el relato “El hombre de la Trompeta”.

Primer Premio XLII Concurso de Cuentos Villa de Errenteria 2022 con el relato “un secuestro inverosímil”.

Primer Premio XXXV edición del Certamen Literario de Cúllar Vega de 2022 con el relato “Por el bien de los niños”.

Accésit XXXVI Certamen Literario “Mi Semana Santa” año 2023, con el relato “Un regalo portentoso”.

La mujer Duralex

Segundo premio de relato corto

Febrero, 1.979.

María se desplaza por las habitaciones de su casa sin rumbo fijo, como si fuera una turista recién llegada a la pintoresca localidad donde habita. Llega a la cocina sin saber para qué ha ido y cuando vuelve al salón mira por la ventana como si nunca hubiera visto el conjunto de tejados que lleva treinta años apilado tras ella. “¿Y ahora qué?”, se pregunta, pasando un dedo por la repisa y arrastrando el polvo con él. Acaba de quedarse viuda y aún no quiere ver a nadie, hablar con nadie, saber nada del mundo. Ello incluye una reticencia absoluta a oír la radio o ver la televisión. Pero los vecinos sí oyen las noticias, y estas se le cuelan por el patio algunas veces, y se le meten en la casa, y sabe que ETA ha matado otra vez, y que el locutor de turno ha ofrecido un dato escalofriante: cada tres días, un muerto. Ahora ella es una viuda más en un país de viudas.

No obstante, es la hora de vestirse. Del armario del dormitorio, macizo y anticuado como ella, María toma una rebeca negra y una pulcra camisa blanca. La rebeca, algo ajada, deslucirá su apariencia, pero llevará una gabardina que no piensa quitarse y confía en que nadie lo advierta. A Edmundo no le agradaba la lluvia del norte, pero a ella sí le gusta. “Qué diferentes éramos, siempre en desacuerdo”, se dice. Su marido no es un muerto de ETA, pero habrá prensa de todos modos. En el cajón de las medias busca las más tupidas, las negras, negras, negras. Al fondo asoman las de encaje, de pecadora, y las deshecha. Nunca llegó a estrenarlas, para qué, si Edmundo no la hubiera mirado aunque se disfrazara de oso panda. No con esos ojos, al menos, los que ella ansió toda la vida, los que reservaba para mirar a *La Rubia*. ¿Zapato plano? El homenaje a los accidentados, o como se llame la farsa a la que irá, comienza en dos horas. Debe arreglarse rápido, aunque intuye que esa cara desencajada que el espejo le esconde tiene ya poco arreglo.

Estará el alcalde, le han dicho, y hasta alguien del gobierno regional. “Vaya con el accidente, pues sí que ha sido mediático”. A María le encantaría que viniera el mismísimo Presidente Suárez, pero no se engaña: la muerte de Edmundo no merece tanto boato. Tendría que haberle votado, a Suárez. Le da buenas vibraciones ese hombre tan guapo, y para ella el instinto lo es todo. Pero Edmundo puso el grito en el cielo. “¿Estás tonta?, ese no es de los nuestros”. Así que votó a Felipe. Luego, cuando arrasó *el que no era de los suyos*, se mordió la lengua para no discutir, como hacía siempre. “Ahora sólo resta elegir una falda que abrigue”. Atraviesa la cocina otra vez, y después el lavadero, con las medias negras puestas y las zapatillas de felpa. En el espejo del cuarto de la plancha advierte que se le transparenta la faja, que al final no son tan tupidas las medias. El cuartito en realidad es el taller de Edmundo, que poco a poco fue colonizando el primitivo santuario de su mujer con cachivaches absurdos. “A ver qué hago ahora con tanto trasto”, piensa María, colocando unos restos de maderas cortadas detrás de la puerta. La falda que busca no está en la montaña de ropa por planchar, pero sí hay camisetas del trabajo de Edmundo, la blanca más nueva de todas corona la pirámide y a ella se le arruga el alma. Vuelve a la cocina, se sienta en una silla, y se toma el café, helado ya. La mirada se le pierde en los azulejos blancos de la zona más próxima al techo. Amarillean, están feos, porque ella no tiene una asistente, como *La Rubia*. Andrés no quería que a su mujer se le rompieran las uñas largas de vampiresa oapestase a lejía, pero es que Andrés, que en paz descansa, nunca pagaba nada, salvo los caprichos de *La Rubia*. Ni pagaba la comunidad, ni la hipoteca, ni el seguro de los muertos, ni los impuestos, ni las multas, ni las tarjetas de crédito. Vaya perla el bueno de Andrés. Su Edmundo, en cambio, se murió sin dejar nada a deber, ni siquiera una barra de pan. De repente a María se le agría el café, a pesar de las tres cucharadas de azúcar. “A ver qué ropa me lleva hoy *La Rubia*. De puntita en blanco que irá, como siempre. Luego le cortarán la luz y se pondrá a lloriquear”.

Se prepara otro *Nescafé* y mientras lo hace recuerda la historia del polvito marrón. Se la contó su Edmundo en Almagro, sentados en una terraza de la Plaza Mayor. Dijo que cuando pasó lo del crack de Wall Street hubo un excedente de producción de café en Brasil, y los de *Nestlé*, temerosos de que

se les malograra almacenado *sine die*, idearon un método para poder conservarlo durante mucho tiempo. Nació así el café soluble en agua, *Nescafé*, cuyas tres primeras letras coinciden con las de la palabra *Nestlé*.

María se alarma, y triste e irritada a partes iguales, suspira. ¿Qué le está pasando? ¿Va a acordarse de Edmundo todo el tiempo, con cualquier excusa, las veinticuatro horas del día? ¿Va a entreverlo en cada objeto de su hogar, recordar torticeramente cada frase que él dijo, perpetuar su legado invisible hasta la eternidad? ¿Qué macabra tortura es ésta? Edmundo omnipresente, más cercano que si viviera, incrustado en todo su ser, hasta en las muelas o debajo de las uñas. Edmundo vigilándola a todas horas, al acecho como el mismísimo Dios Padre Juzgador. Una congoja súbita le impide respirar. La posibilidad de que esté equivocada en su juicio la horroriza. La perspectiva de que el accidente sea cierto, de que realmente haya ocurrido un accidente laboral siempre asoma con tozudez en su conciencia. “No, no, Edmundo es un criminal, un maldito criminal, claro que sí, es autor de un crimen vil y espantoso que nadie sospecha”. No debe permitirse esas indulgencias ridículas, porque si deja que se le ablande el criterio, que un sentimentalismo tramposo varíe su implacable veredicto y aniquile su sentido común, está perdida. Es fundamental, se repite, mantener su terquedad escandalosa a raya, cultivar su orgullo grotesco y dejarse engullir por el monstruo de la dignidad. Si no lo hace corre el riesgo de sufrir lo indecible. *Sufrir de verdad*.

María observa fijamente su vaso vacío. Es de cristal marrón y de la marca *Duralex*, como todos los vasos de la casa, de casi todas las casas de España. Y mientras lo hace, recuerda que Edmundo apenas la llevó de viaje por que nunca era el momento idóneo, o eso pretextaba él, siempre con el “más adelante” en la boca, con el “puede haber imprevistos y a ver qué hacemos sin ahorros”. Sin embargo, ¡y que calladito se lo tenía!, luego iba regalando el dinero por ahí, y no a los pobres, sino a *La Rubia*. María recuerda a menudo la escena: él, como un pasmarote, en la puerta de la cocina, y ella sentada en la mesa, muy seria, justo donde está ahora, con el sobre remitido por el banco ya abierto y el resguardo de las transferencias en sus manos. “Eso son préstamos, no regalos”, dice Edmundo, pasmado porque ella ha abierto su

correspondencia, pero sin atreverse a reprochárselo. “Además a *La Rubia* no le he prestado nada. Te recuerdo que Andrés es mi amigo. Se lo presto a él”. Eso dijo Edmundo, como si ella fuera idiota, como si no supiera que bebía los vientos por esa frívola coqueta y lianta.

Y es que Edmundo, operario en la fábrica de conservas más famosa de España, a fuerza de acumular trienios, había acabado por tener un salario decente, que les daba “para ir tirando”, como él decía con su modestia indeleble, “para vivir sin lujos pero sin sustos”. Claro que Edmundo no era ya un operario cualquiera, sino el “Operario Jefe”, porque eso decía la plaquita que llevaba sujeta con un imperdible en el bolsillo de las camisas que lavaba y planchaba María, “Jefe de Planta”, exactamente, y antes fue Supervisor de no sé qué, y antes ya no se acuerda, pero siempre más que un operario a secas. La autoridad de su marido en el ámbito doméstico había sido siempre una extensión natural de su jerarquía laboral, y ella, resignándose un poco cada día, se había quedado sin viajar porque el que mandaba era él. En sus recuerdos matrimoniales, María siempre aparece fregando los platos o poniendo la mesa, como si estuviera casada, en realidad, con la vajilla Durelex. Su mirada se fija ahora en el calendario temático de la ciudad de París que se compró en *El Corte Inglés* de Preciados a la vuelta del viaje a Castilla la Vieja, el único en años, ya que Edmundo tuvo el detalle de pasar dos días en Madrid a la vuelta de Almagro, donde habían ido a la boda de una sobrina, para darle ese gusto. Cuelga el vistoso almanaque de la pared de la cocina y María ha ido arrancando las hojas todos los meses, guardándolas con esmero en un cajón de su mesita de noche, para saber, llegado el momento y si se obra el milagro, qué lugares no debe perderse en la Ciudad de la Luz.

Ahora solo queda diciembre, con una foto del Arco del Triunfo. “¿Lo ves, Edmundo?, nos perdimos París por tu manía de aplazar tanto las cosas”. María se incluye en el quebranto irreparable, aunque ella no esté muerta, porque a ver, con la pensión que le va a quedar, ¿a dónde va a ir? “El día que me entierren quiero que sea con esta vajilla, como hacían los Faraones con sus pertenencias”, se dice de repente. María friega el vaso con Mistol procurando que el agua no le salpique la blusa blanca. “Mujer marrón, ese será mi epitafio, o mejor aún: aquí yace una mujer *Durelex*: vulgar, pragmática

y resistente". Continúa fantaseando con la vajilla que los representa a ellos, valiéndose de un humor amargo, ese que detestaba Edmundo, al que le gustaban las mujeres dulces, peor aún, silenciosas, las mujeres mosquitas muertas como *La Rubia*. "Edmundo, yo soy el plato hondo, ese que usábamos todos los días, que no tiene nada de especial pero que resulta indispensable, que tú sin un plato de cuchara te morías. Y tú eres la sopera y las tres fuentes, que para eso eras el proveedor, como te gustaba recordarme".

Unos ruidos traspasan la pared de la cocina. Son los niños de *la Rubia*, los vecinos que gritan y dan golpes, como siempre. Supone María que irán también al homenaje de su padre, porque el "accidente" de la empresa se saldó con dos muertos, Edmundo y Andrés, y cuando toma conciencia otra vez del sainete que la espera, de la pantomima siniestra, del lamentable espectáculo que le tienen preparado, de nuevo una opresión en el pecho la ahoga, y se va al salón, y abre una ventana a pesar del frío y la humedad, y luego se derrumba en el sofá, abatida. Es el sofá de la excomuni3n, el sofá del estigma, el del punto y final definitivo. Su ruptura tuvo forma de mueble tapizado con cretona solemne. All3 durmi3 Edmundo los tres d3as anteriores al "accidente", sobre una base dura e inc3moda, presagio de su ataúd. En materia de celos, piensa María, nunca se est3 loco, ni se delira, ni se exagera. Los que aman lo saben, que la mentira, e incluso la ausencia de verdad, puede detectarse de mil formas distintas pero con ayuda de un solo radar infalible: el sufrimiento.

Y ella, que ha sufrido lo indecible, sabe que las murallas que levanta el recelo, esos ladrillos puntiagudos de angustia y de silencio, quedan ya para siempre. "Y no es culpa mía", se repite mientras sube la cremallera atascada de la falda. "Edmundo amaba a *La Rubia*, nadie va a convencerme jam3s de lo contrario. Y no solo eso, tanto como la amaba a ella, lo odiaba a 3l, a su presunto amigo, el pobre Andr3s, el eterno rival al que se carg3 impunemente. No ha sido un accidente lo de la f3brica. Claro que no, ha sido un crimen atroz y Edmundo va a pudrirse en el Infierno". Mar3a se aplica quita ojeras y no sirve de nada, los surcos bajo los ojos siguen negros, como la punta del l3piz que se extiende por su interior. "Andr3s no se ha ca3do a la fosa s3ptica". El colorete es demasiado rosa y parece una muñeca de feria.

“No han muerto por inhalar los gases tóxicos de los restos de pescado, nauseabundo y podrido”. La sombra de ojos cobriza sí resulta elegante. “Bueno, los gases estaban ahí, por supuesto, después de tres días festivos con la planta cerrada y el pescado fermentando, y los dos han respirado ese vaho, pero no se han caído a la fosa”. En los labios, mejor que sólo se aplique brillo, un poco de luz para animarlos. “Edmundo empujó a Andrés, pero Andrés arrastró consigo a Edmundo. ¿Tengo pruebas? No, no tengo pruebas, pero tampoco las necesito. He visto a mi marido embelesado con *La Rubia* demasiadas veces. Edmundo miraba a *La Rubia* con ojos infectados de lujuria, hechizado sin remedio. A su mujer Duralex, en cambio, jamás la miró de esa forma, con ese pasmo fascinado de colegial ridículo. Y luego está la cuestión del dinero, por supuesto, transferido a una cuenta bancaria titularidad exclusiva de *La Rubia*”.

“Si se lo ingreso a Andrés se lo embargan de inmediato. Y lo están pasando mal, María, tienes que creerme”. Pero ella no se había creído nada. “Excusas y más excusas. Maldito colorete rosa, ¿en qué estaba pensando cuando compré este color tan horrible?” “Habla con Andrés, él te confirmará todo lo que estoy diciendo”. Pero no pudo ser, porque Andrés se murió enseguida. “Tres días después, ¡qué “accidente” tan oportuno!”

María va a la cocina y arranca con furia la última hoja del calendario. El Arco del Triunfo, tan arrugado como la confianza perdida, acaba en la basura, salpicado por el tomate de unos macarrones duros. Luego se estremece. “¿Edmundo un asesino?” La cabeza le da mil vueltas, y así, mareada, vuelve al baño. Mirándose al espejo se frota los labios para hacer desaparecer los restos de brillo. “Los labios me los pongo rojos y que me vea guapa esa puta”.

El acto de homenaje a los dos trabajadores fallecidos, muy queridos en el pueblo, se celebra en el patio de los camiones, que para la ocasión se vacía de vehículos. El viento ha alejado unos nubarrones negros y el cielo, frío pero claro, resulta más hospitalario de lo que en un principio se creyó. Aun así, hay toldos y lonas desplegados, y se han colocado también sillas en for-

ma de "U", y en el centro de esa letra imaginaria, un atril con un micrófono. Junto al mismo, otras sillas, estas destinadas a unas autoridades engoladas y apáticas y a los *mandamases* de la fábrica, que se pavonean con cara de circunstancia. A María le repugna el simulacro, tan postizo y tan bufo, pero supone que ablandará la conciencia de algún juez laboral. Porque imprudencia empresarial sí que hubo, y de la multa, como poco, no se libra la conservera negligente, obsesionada sin embargo por hacer enarbolar la odiosa bandera del caso fortuito y hasta de la fuerza mayor .

María toma asiento en el lugar que le ha sido reservado, un emplazamiento de honor en primera fila. A su alrededor la gente del pueblo, en pie la mayoría, está expectante y al mismo tiempo cabizbaja, procurando mantener un equilibrio entre ambos estados contrapuestos. Tras el cristal de sus gafas oscuras, María observa fugazmente a la familia de Edmundo, todos esos primos y sobrinos de cabezas pequeñas a los que tendrá que saludar sin remedio, y también a los parientes de *La Rubia*, "con esos aires de marqueses, qué gente tan insoportable por favor". La hija de María y Edmundo, Isabel, acaba de llegar directamente del aeropuerto y se sienta a su lado, resoplando, pero luego se levanta, abraza a su madre y se pone a llorar antes de tiempo.

El director de la fábrica, un nieto del primer dueño, comienza a leer un discurso. Habla despacio y no dice nada que sorprenda. Condolencias, lamentos, una retahíla impostada de falso dolor. El pueblo, aburrido, la mira a ella, a María, que se siente cohibida. Quieren ver cómo reacciona la mujer de Edmundo ante tanto pésame, pero la mujer de Edmundo no reacciona. A Andrés se refieren menos, pero con su marido se explayan. Edmundo *para arriba* y Edmundo *para abajo*. Porque a Edmundo van a declararlo Hijo Predilecto de la localidad. "Vaya, qué sorpresa, esto no me lo esperaba". La gente aplaude y María, que ya ha perdido el hilo del discurso, ensimismada en sus cosas, no entiende bien lo que pasa. "Edmundo Cortés -oye al alcalde, que ha tomado la palabra-, puso en peligro su vida y se arrojó a la fosa séptica para salvar la de su compañero".

"Y dale". María, que no soporta más la gigantesca tomadura de pelo, se plantea un modo de huir. "¿Y si finjo un desmayo?". Mientras sopesa el modo

idóneo de simular una caída que vaya acompañada de una pérdida total de conocimiento, el alcalde da más énfasis a sus solemnes palabras: “cuando Andrés cae a la fosa debido al mareo repentino que le provoca el ictus, nadie hace nada, salvo Edmundo Cortés. Hay nueve trabajadores más en la planta en ese momento, y todos, salvo Edmundo, comprenden que lanzarse a la fosa es suicida”.

“¿Un ictus?” El corazón de María late ahora muy deprisa. El forense judicial, continúa el alcalde, acaba de hacer público su informe y el diagnóstico del ictus es definitivo. Para que quede más claro su mensaje, eleva la voz y enfatiza el tono dramático, como si fuera un actor en mitad de un escenario. “Arrojarse a un pozo tan hondo, oscuro y tóxico era letal, pero Edmundo lo hizo, sin pensárselo, y nueve trabajadores lo vieron. Una cámara de video, además, lo grabó todo con absoluta nitidez. Hemos podido recuperar las imágenes y ahora sabemos que ni siquiera esperó a los bomberos, que alguien llamó y estaban ya de camino, sino que, desde la otra punta de la planta, se acercó raudo y se lanzó a la fosa para salvar a su amigo”.

Todos miran a la viuda, ya sin recato ni disimulo, levantan la cabeza, estiran los cuellos, murmuran. “Todo el pueblo sabe que Edmundo Cortés era una excelente persona que ayudó económicamente a mucha gente a pesar de su posición modesta...”, sigue diciendo el alcalde, como si estuviera a punto de llorar. A María empieza también a nublársele la vista. Autopsia, ictus, cámaras, héroe, compañero. Las palabras bailan en sus oídos como si fueran moscardones zumbones. Fosa, bomberos, forense, arrojado. Cada vez la negrura es mayor, como si alguien bajara una persiana invisible, lenta pero inexorablemente. El alcalde la invita a subir al estrado para recoger, en nombre del difunto, la placa de Hijo Predilecto de la localidad. “Vamos, mamá, te acompaño”. María camina con dificultad, apoyada en su hija, y todo el mundo la aplaude. “No merezco aplausos, no merezco aplausos”, va murmurando, pero nadie la oye. Junto con el distintivo le entregan una fina carpeta pero se le cae de las manos y varios papeles se desparraman por el suelo. Son documentos, oye como en sueños, que estaban en la taquilla de Edmundo, olvidada y cerrada con llave hasta entonces. Su hija se agacha y los recoge.

“Billetes de avión. Papá iba a llevarte a París...” le susurra al oído, en cuanto se sientan de nuevo. Pero María, que se acaba de desmayar de verdad, no oye ya nada.

El libro Mujerarte (Relatos y Poemas)
Premios XXX Edición
se acabó de imprimir
en la Imprenta Caballero,
de Lucena,
el día 24 de mayo de 2023,
Día internacional de las mujeres por la paz y el desarme.

